

más valioso que el mármol y el bronce, cual es el perdurable amor y la inmensa gratitud de nuestros corazones unidos en un mismo sentimiento.

Londres, 22 de agosto de 1927.

IGNACIO GUTIÉRREZ PONCE

## Don Ricardo Carrasquilla

(ESTUDIO LEÍDO EN UNA VELADA LITERARIA  
EL 20 DE JULIO DE 1927)

Don Ricardo Carrasquilla es uno de los grandes de Colombia. Nació cuando estaba en su apogeo aquella generación máscula y única que produjo la América a fines del siglo XVIII y que la consagró matrona de su casa. De esos varones recios heredó la grandeza que transmitió intacta a sus hijos. Su pasión fue el amor a Dios y al prójimo y el engrandecimiento de la patria.

Al leer las bellísimas páginas de su vida íntima siente uno algo así como un baño de grandeza, como una inyección de vida que se inyecta en las venas. Siente uno más optimismo, más virilidad, más aprecio a la virtud, más ansias de nobleza. Se siente un nuevo despertar en el alma. Es que Carrasquilla es uno de esos ejemplares levantados que produce de vez en cuando la humanidad y que sirven como de jalones gloriosos para mostrar la verdadera ruta a los predestinados. Colombia puede exhibirlo sin temor ante sus hijos y ante las demás naciones. Su vida es un tersísimo espejo de cuyo fondo irradian los contornos magníficos de una alma perfecta. No se le admira, se le tributa verdadero culto. Su nombre es un relicario que encierra muchos trofeos nacionales.

Carrasquilla me despierta a mí una idea más que de grande hombre, más que de gloria nacional: me despierta una idea dulce de familia, de hogar.... Ya estoy, una idea de abuelito: así lo siento yo; como un abuelo de las generaciones presentes, de las ideas que profesamos hoy, de nuestras más gratas tradiciones. El nombre de Carrasquilla me despierta la idea de costumbres santafereñas; la idea de los deliciosos mosaicos, academias de príncipes con olor de chocolate, con anécdotas graciosas y con cascadas de risas.

Don Ricardo Carrasquilla es el alma de un pasado que ha formado época en la historia de Colombia: la época de oro de nuestra literatura nacional. A su lado están J. M. Samper, José M. Marroquín, Ezequiel Uribe, Diego Fallon, Quijano Otero, Vergara y Vergara, Camacho Roldán, J. J. Ortiz, Miguel A. Caro, Manuel Pombo, Santiago Pérez, José Caicedo Rojas, Jorge Isaacs, Ricardo Silva... Como quien dice el estado mayor de las letras colombianas. Y a Carrasquilla le cabe el honor, no sólo de haber sido colaborador de estos genios, sino de haber estimulado en mucho sus producciones admirables.

Don Ricardo Carrasquilla nació en el Chocó, el 22 de agosto de 1827, pero desde la edad de 11 meses vivió en Bogotá. Desciende de una familia de próceres de la Independencia. Por sus venas corre nada menos que la sangre del General Antonio Nariño. El Coronel de la Independencia, don Pedro Carrasquilla, su padre, murió cuando Ricardo era aún muy niño. El huérfano tuvo que cuidar de su madre y de la educación personal.

Don Ricardo nos ha dejado una página deliciosa en su precioso artículo «Lo que va de ayer a hoy», en que nos pinta lo que era su maestro de escuela y los métodos que usaba. Si en semejante monstruosidad no naufragaron sus energías y cualidades se debió a la prudencia de la madre y a la docilidad y buen juicio del niño.

Carrasquilla se dedicó toda su vida al magisterio. Maestro debía ser aquel hombre de prendas tan relevantes, pero maestro en toda la extensión de la palabra. Pocos serán los hombres que hayan logrado en Colombia una labor más eficiente. Las eximias prendas morales, las cualidades naturales e intelectuales que poseía, le daban un prestigio inmenso, no sólo sobre los jóvenes, sino aun sobre todas las clases sociales. Carrasquilla fue tan maestro de los niños como de los viejos corifeos radicales. Los Mosaicos se convertían a veces en clases de moral, en acometidas formidables contra los principios reinantes, que sus contendores de la izquierda tenían que aceptar entre risotadas, porque no era posible enfadarse con él.

Los niños se entregaban en sus manos, alma y cuerpo. Como se hacía pequeño con los pequeños, lograba ganar por completo a los pequeños. Uno de sus biógrafos trae el siguiente párrafo que es bastante elocuente para juzgar de la bondad de sus métodos:

«Jamás hubo lecciones más amenas que las suyas, aunque enseñara las materias más áridas, como álgebra o lógica. Los jóvenes, los niños mismos, preferían la clase de don Ricardo a cualquier pasatiempo propio de su edad; y con todo, donde él menos enseñaba, era en las aulas. Trataba a sus discípulos como amigos, como camaradas, sin la menor mengua de la autoridad y el respeto; conversaba con ellos como lo hacía con el hombre más ilustrado, se interesaba por los asuntos de los muchachos, les inspiraba la más viva confianza, se hacía consejero de sus dudas y confidente de sus penas.

«Reemplazó los castigos dolorosos, universales en su tiempo, por la vigilancia más nimia; pero tal que no era carga ni humillación, ni motivo de inquietud para los alumnos. Al mismo tiempo inventó una serie no interrumpida de estímulos que no dejaban en inacción ni a los más perezosos».

Como Carrasquilla era un modelo acabado de educación moral y cívica sólo tenía que coger de sí para dar a sus alumnos.

Pasaba los años inclinado, respetuoso y paciente sobre el bloque emotivo de aquellas personalidades en flor, delineando en ellas sus propias perfecciones con los más insignificantes detalles.

A centenares salieron de sus manos las almas templadas para las luchas de la vida. El fue el modelador de esa raza musculosa que implantó los principios que nos rigen hoy. De sus manos salían ya predestinadas las futuras glorias de la patria.

Oh los educadores! qué poco se les comprende! Mucho caso se hace de los héroes; casi nada de los que supieron modelarlos; y en esto hay verdadera injusticia como la habría si exaltáramos un lienzo de Velásquez y para nada mencionáramos las excelencias del pintor. Seamos razonables. Démosle a cada uno lo que merece. La semilla diminuta del roble tiene en sus tejidos la virtud que ha de fatigar un día los collados. El máximo del esfuerzo no siempre está en la voluntad firme del héroe brillante; ese esfuerzo se halla casi siempre en las escenas de familia, en la opacidad de una clase, al lado de un silabario, frente a frente a un rapazuelo contendor, en los primeros vencimientos del egoísmo, en los altos o bajos que anotan rigurosamente los libros de la escuela. Pero el alma de todo eso es el maestro; y este sér anónimo que es el sembrador y el cultivador permanece arrinconado mientras su obra asciende a los espacios entre atronadores vítores robando las miradas y la admiración de los circunstantes. Nos sorprenderíamos si viéramos lo que la nación entera debe al señor Carrasquilla como educador; qué parte del progreso material y moral le corresponde; cuántas riquezas han surgido como consecuencia de sus

enseñanzas, como resultado de los hábitos que infundió en los alumnos. Es mucho el bienestar que representa un hombre progresista y honrado, y Carrasquilla los formó por centenares.

Don Ricardo fue, como educador, un reconstructor de las ruinas nacionales, un apagador de incendios fratricidas, una fuerza de cohesión poderosa en una época de verdaderas locuras, de disolución horripilante, de odios inconcebibles. Don José J. Ortiz escribía en 1869, en el periódico *La Caridad*, lo que sigue:

«Carrasquilla lleva no menos de 20 años de pacífica y meritoria labor. Ha educado algunos miles de niños, y sigue... Mientras él ha gastado la flor de la edad en tan improbable trabajo, han pasado sobre la República cuatro grandes revoluciones y quince revoluciones menores; han muerto en las batallas treinta mil hombres; se han perdido capitales por más de veinte millones; la nación ha retrogradado inmensamente; y él persevera todavía en su santa empresa».

Carrasquilla es grande por muchos títulos. El de educador es el que más méritos le ha producido, pero no es el que le ha conquistado más popularidad. Carrasquilla es un dulcísimo poeta; un enamorado de la belleza; un aeda entre nosotros; un orífice admirable. Aquí está el secreto de su mayor popularidad. Los poetas verdaderos son siempre amados. El poeta canta y hace cantar a sus semejantes. Un poeta es una fibra delicada de la humanidad; es la nota dulce; la nota delicada, la nota artística. Cuando el poeta muere se despoja de la envoltura que velaba sus encantos; el alma encarnada en sus trovas sigue cantando, o llorando, o riendo. El poeta no se va, no se ausenta del lado de sus amigos. Su obra es un alud que lo invade todo, multiplicando su intensidad emotiva.

En una noche melancólica entona Epifanio Mejía su precioso canto a *La Tortola*:

Joven aún entre las verdes ramas,  
De secas pajas fabricó su nido;  
La vio la noche calentar sus huevos,  
La vio la aurora acariciar sus hijos.

.....

y no bien acaba de brotar de sus labios aquel raudal de belleza cuando se oyen repercutir los ecos por todas partes, como si un pedazo del alma de cada uno se hallara en aquellas estrofas de fuego. Y viene la música con sus alas de ángel, y la canción a la Tortola vuela por todos los ámbitos de la república; hace sonreír a las doncellas; acaricia a los labriegos en sus chozas; despierta los valles; alegra las plazas, y besa en la frente a los ancianos... Aquellas notas son una de las fibras del más hondo sentimiento popular y el nombre del poeta afortunado pasa de boca en boca bendecido en todas partes y hecho ya patrimonio glorioso de todo un pueblo. Y pasaron los años, pero no aquellos acentos que se han liquidado en la sangre e incrustado en los huesos de toda una raza y con ellos el nombre del vidente.

Así es como se explica el culto que todos los pueblos han tenido a los poetas. Los antiguos solían figurárselos en compañía de los dioses, y por lo menos semidioses ellos mismos.

Don Ricardo Carrasquilla es uno de esos privilegiados. Dentro de sí llevaba los reinos encantados cuyo cetro es patrimonio exclusivo de las musas. Vivía atormentado por el mal divino. Su alma era una arpa que vibraba al contacto de todos los ideales nobles. Sus producciones son piezas de inestimable valor que vivirán mientras haya almas que sean capaces de sentir la belleza.

Sus poesías y artículos en prosa serios son bastante numerosos y de mérito suficiente para darle fama de gran literato; pero descolló sobre todo en el género humorístico. Sus cuadros de costumbres y sus coplas, como mo-

destamente las llamó él, son piezas únicas entre nosotros.

Poeta festivo, Carrasquilla ha hecho reír con risa franca aun a las almas devoradas por el fastidio; su poesía era el regocijo de todas las clases sociales. Cuántas heridas cicatrizó con su gracejo delicado; cuántas almas que sucumbían bajo el peso abrumador del mal del siglo sacó a flote, porque la risa es amable redención. No era posible permanecer serio ante las chuscadas de Carrasquilla. De sus labios brotaba el gracejo retozón y chispeante pero siempre digno; jamás una palabra chocarrera o denigrante. Si usó la sátira fue únicamente en contra del vicio. Aquel apóstol de la caridad, «cuya pasión dominante fue el celo por la gloria de Dios y la salvación del prójimo», según frase de Marroquín, no podía herir a sus semejantes. Sus ocurrencias servían alegrando. No era de esos melindrosos que a todos molestan y que son ídolos intangibles. El mismo puso al pie de su retrato, hecho por el pintor Urdaneta, la copla siguiente:

«Ves este mono, lector?  
Está haciendo una letrilla,  
Y es tu humilde servidor  
Ricardo de Carrasquilla».

Era jovial, sobre todo, con sus amigos más íntimos. A Diego Fallon le escribe desde Chía contándole la vida que lleva en esa población. De esa preciosa epístola son estos dos botones:

«Rana alegre y triste grillo  
Cantan a primo y segundo,  
Y háceles bájo profundo  
El rumor del molinillo.  
.....

Ya nos llaman a almorzar.  
Quién pudiera, Diego hermano,  
De este lomo de marrano  
Darte siquiera a probar».

En su jocoso artículo que intituló «Literatura homeopática», se dio a la tarea de resumir en coplas las grandes producciones de los mayores ingenios. Por los ojos chispeantes parece asomarse el alma del poeta maliciosa y jugetona. Va un ejemplo: La gracia de la literatura ana-créontica la compendia en estos cuatro versos:

«Mientras el tiempo veloz  
Nos roba, Juana, la dicha,  
Dame un cuartillo de chicha,  
Papas chorreadas y arroz».

Describe a su maestro de escuela así:

«Era un viejo muy gordo y barrigudo,  
Calvo, gotoso, desdentado y bizco,  
Con grandes antiparras que oprímian  
De su nariz el remangado pico».

Carrasquilla fue un incomparable expositor de filosofía cristiana y un apologista de primera nota. Todos los que lo vieron a la obra lamentan no haya dejado por escrito sus conferencias religiosas. A una elocuencia avasalladora juntaba una lógica adamantina y una unción apostólica.

José M. Samper nos pinta de una pincelada su figura moral.

«No hay en la fisonomía de Carrasquilla un rasgo que no indique lucidez de inteligencia, vigor de voluntad, nobleza de sentimiento, seriedad de criterio, espiritualismo eminente, santidad de alma, caridad y fe apostólica y serenidad de conciencia».

Y más adelante agrega:

«Qué poder para inocular sencilla y dulcemente la verdad! Carrasquilla tiene el dón de hacerlo meditar a uno con diez minutos de conversación, más que un libro entero. La verdad brota de los labios con la unción in-

telectual de un convencido incontrastable, y con toda la autoridad de la virtud humilde pero inflexiblemente práctica».

Una de las glorias más auténticas de Carrasquilla será ser el padre y el educador del más grande de nuestros oradores sagrados, Monseñor Rafael María Carrasquilla. El ilustre rector del Colegio del Rosario y Director eximio de la Academia de la lengua tiene ya su nombre escrito al lado de los Caros, Cuervos y Suárez; pero se lo debe a don Ricardo.

Muchos son los casos de paridad entre padres e hijos ilustres en Colombia: los Caros, los Holguines, los Cuervos, los Gómez Restrepos, los Ospinas, los Silvas, los Carrasquillas, los Casas, los Restrepos, los Mallarinos, los Alvarez, los Fernández Madrid, los Marroquines y muchos más son pruebas elocuentes de la vitalidad de nuestra raza. No sucede lo mismo en otros pueblos, por lo menos en la misma proporción. Esta raza es pródiga y rica como lo es la naturaleza en que vive.

Los Carrasquillas pasarán a la historia con rasgos de semejanza verdaderamente sorprendentes. Con unos mismos ideales han peleado idénticos combates aunque no en las mismas circunstancias. Oradores de nota ambos; admirables expositores de filosofía, poetas, educadores de la juventud, inteligencias poderosas, cumbres de santidad y de ciencia, humildes y sencillos, de trato exquisito y de facciones romanas... Al hijo lo rodea una aureola de luz más brillante, de respeto más profundo; al padre una melodía musical más delicada, un eco de misterio más suave, un aire de sencillez más encantador. El hijo vive más cerca de Dios; el padre, más en compañía de los hombres.

El día 22 del próximo agosto hará un siglo que nació don Ricardo. Toda la República se está preparando para

celebrar tan fausto acontecimiento, y hace bien, porque la glorificación de los hijos es la exaltación de la madre. Que venga el bronce a ser una cátedra de enseñanza perenne, y una continua recompensa de la virtud y el patriotismo.

Bogotá, 20 de julio de 1927.

HNO. FLORENCIO RAFAEL  
Director del Escolasticado,  
Escuela Normal de los HH. CC.



## DON RICARDO CARRASQUILLA

### I

En el segundo de sus sueños insuperables, Luciano Pulgar nos cuenta cómo él concibió la idea, la agitó en toda forma y la llevó al Congreso hasta que se convirtió en humo, de adornar, o mejor ilustrar, la ciudad de Quesada con una especie de panteón de hombres y mujeres ilustres colombianos, cuyos bustos colocados, por ejemplo, en compañía del que representa a Groot en la Avenida de Colón y al lado de las estatuas de éste y de doña Isabel, dijeran a los viajeros y visitantes cuán alta estimación, respeto y gratitud nos inspiran aquéllos que por el saber, la virtud y el trabajo sobresalieron entre sus conciudadanos. En la lista que él dio de personajes colendos dignos de semejante distinción, aparece naturalmente el nombre de don Ricardo Carrasquilla, de quien el señor Suárez, a vivir ahora, habría escrito, para honra y deleite de las generaciones, un resumen biográfico más comprensivo y perdurable que bustos y que estatuas. La palabra bien escrita vive más allá del día de la resurrección.

No sin cierto temor, nacido del respeto que las vidas de los grandes hombres infunden, se ocupan las plumas profanas, en apuntar, siquiera brevemente, los rasgos distintivos con que llamaron la atención de sus compatriotas y dieron materia